

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 256

Dios es el único objetivo que tengo hoy.

Comentario de Sarah:

Mientras que Jesús nos recuerda que hagamos de Dios nuestro único objetivo hoy en día, lo cual es una perspectiva vertical, nos recuerda que hacemos que el objetivo sea real para nosotros a través de la curación de las relaciones, lo cual es una perspectiva horizontal. Y por si acaso pensamos que el camino hacia Dios es retirarse a un monasterio para meditar y rezar todo el día, los medios que nos da el Curso son para sanar a través de las relaciones. Él dice en esta Lección: **“No hay otra manera.”** (L.256.1.2) Por lo tanto, se nos insta a hacer de éste nuestro camino al Cielo a través de la curación de todas nuestras relaciones especiales.

Jesús dice que el perdón es una ilusión, pero es una ilusión que pone fin a todas las ilusiones. En el contexto de la discusión sobre el pecado, es una ilusión porque el pecado no es real, y no hemos pecado. Creemos que hemos pecado porque hemos comprado la historia del ego. La única razón por la que el pecado nos parece real es porque Jesús dice que es **“algo a lo que la mente le ha concedido mucho valor”**. (W.256.1.3) En otras palabras, realmente valoramos el pecado y lo mantenemos en la mente y sí, lo apreciamos, por extraño que parezca. Sin embargo, tenemos el poder de liberarnos de él y lo haremos cuando reconozcamos el coste que supone para nosotros aferrarnos a él. Cuando la creencia en la culpa y el pecado se libera, recordamos quiénes somos y dónde estamos. Estamos en casa con Dios, de donde nunca hemos salido, excepto en sueños. Es nuestro miedo al amor lo que nos mantiene invertidos en el pecado y la culpa.

Se nos recuerda que el pecado es una falsa creencia basada en la idea de que hemos estropeado la Creación y hemos hecho un daño permanente para que nuestra identidad individual pueda establecerse. Creemos que hubo que matar a Dios para que nosotros existiéramos. El ego nos convenció de que cometimos un crimen horrendo, un pensamiento que mantenemos en la mente inconsciente. Ahora caminamos sintiendo que hemos hecho algo terriblemente malo, pero no podemos identificar de qué se trata este sentimiento. Hay una sensación de profunda indignidad que intentamos compensar haciendo todo lo posible por ser buenos.

Se nos recuerda la creencia en el pecado que albergamos en la mente cada vez que culpamos y juzgamos a los demás por sus indiscreciones tratando de hacerles sentir culpables. En comparación, presentamos nuestra propia cara de inocencia. Así, esperamos que al final ellos sean castigados por Dios, y nosotros salgamos "impunes". Pero mientras el ego nos dice que esta es la manera de librarse de la culpa en la mente, no nos deja ver que es precisamente así como la mantenemos. **“Pues la doctrina fundamental del ego es que te escapas de aquello que les haces a otros. El ego no le desea el bien a nadie. No obstante, su supervivencia depende de que tú creas que estás exento de sus malas intenciones. Te dice, por lo tanto, que si accedes a ser su**

anfitrión, te permitirá proyectar su ira afuera y, de este modo, te protegerá.” (T.15.VII.4.2-5) (ACIM OE T.15.VIII.68) Creemos que cuanto más ira invirtamos fuera de nosotros mismos, más seguros estaremos. El ataque y la defensa se convierten ahora en el ciclo de nuestras vidas.

Lo que esto hace es enterrarnos más y más en la locura. Jesús nos muestra el camino para salir de esta oscuridad redirigiendo nuestros sentidos para ver la inocencia en nuestros hermanos en lugar de la culpa. Ahora estamos llamados a enviar mensajeros de amor en lugar de mensajeros que traen pruebas de la culpabilidad de nuestro hermano. Cuando vemos culpa en nuestros hermanos y los condenamos por ello, podemos entregar esos juicios al Espíritu Santo para que los reinterprete. Se requiere una vigilancia mental consistente para que podamos ver nuestros juicios y darnos cuenta de que tenemos la opción de condenar o perdonar y lo que hacemos determina nuestro estado de ánimo.

“La espada del juicio es el arma que le entregas a esta ilusión de ti mismo, para que pueda luchar e impedir que el amor llene el espacio que mantiene a tu hermano separado de ti.” (T.31.VII.9.2) (ACIM OE T.31.VII.76) **“Cada vez que sientas una punzada de cólera, reconoce que sostienes una espada sobre tu cabeza. Y ésta te atravesará o no, dependiendo de si eliges estar condenado o ser libre.”** (L.192.9.4-5) ¿Qué elegiré? ¿Cuánto tiempo más elegiré sufrir?

Se nos recuerda que el pecado es una locura. La mente, de hecho, busca reemplazar la verdad. ¿Por qué querríamos hacerlo? ¿Qué revelaría la verdad que nos hace tener tanto miedo? En última instancia, tenemos miedo de perder nuestro especialismo, nuestra singularidad y nuestra identidad, y por eso nos aferramos al pecado y a la culpa. A través del perdón, los obstáculos en la mente se liberan hasta que llegamos a la comprensión de que nunca hemos estado separados de Dios. **“Dios es nuestro objetivo, y el perdón, el medio por el que nuestras mentes por fin regresan a Él.”** (L.256.1.9) Cuando elegimos no perdonar, no estamos comprometidos con esta meta de ser Uno con todos los seres y con Dios. Dicho esto, nuestra inocencia está asegurada y el hecho de no estar preparados para un compromiso completo no nos hace culpables.

Cuando elegimos centrar nuestras vidas en el perdón, nos damos cuenta de que nuestro falso yo no es nuestra realidad. A través del perdón, aprendemos que nuestra realidad no está contenida en un cuerpo y que no hay muerte. Tememos aprender esto porque nuestro sentido de identidad, individualidad, especialismo y control parecen estar amenazados, ya que nos aferramos al yo mítico que creemos que somos. El mundo nos parece muy real porque siempre miramos a través de nuestros sentidos, que nos devuelven la evidencia de que el mundo de la forma es, efectivamente, real y sólido. Nuestros ojos y oídos nos dan la evidencia de la culpabilidad de los demás. La vemos en todas partes. **“El pecado dotó al cuerpo con ojos, pues, ¿qué iban a querer contemplar los que están libres de pecado?”** (L.PII.Q4.1.4)

Es importante permanecer atentos a las interpretaciones que damos a todo lo que percibimos y estar dispuestos a pedir ayuda para ver a nuestros hermanos con los ojos de Cristo. Por eso se necesita tanto trabajo y disciplina. Parece mucho más fácil dejarse llevar por las "pruebas" que ofrece el ego, porque nos gusta tener razón en nuestros juicios sobre los demás. Estos juicios se basan en las "pruebas" recogidas por nuestros sentidos. Sin embargo, es el ego el que dirige esos sentidos. Así, la información recogida se basa en las creencias que tenemos actualmente en la mente, en lugar de en lo que es verdad. Por lo tanto, siempre nos equivocaremos al ver a nuestros hermanos cuando utilicemos nuestras percepciones para guiarnos. Puede ser inquietante reconocer que simplemente no sabemos.

Puede parecer que el suelo se mueve bajo nuestros pies, sin ninguna base sólida en este nuevo territorio que estamos explorando.

Jesús dice: **“El cuerpo es el instrumento que la mente fabricó en su afán por engañarse a sí misma. Su propósito es luchar.”** (L.PII.Q4.2.1-2) Cuando nos esforzamos por las cosas de este mundo, la implicación es que son reales y tienen valor. Tenemos objetivos por los que nos esforzamos porque seguimos pensando que hay algo en el mundo que nos hará felices, pero nos engañamos. Cuanto más veamos esto, más dispuestos estaremos a renunciar a estos intentos de autoengaño y, en su lugar, utilizar nuestro esfuerzo para otro propósito, que es conocer la verdad. Cualquier cosa del ego puede ser entregada al Espíritu Santo para ser utilizada para la sanación y el despertar.

Sólo hay una mente, pero mantenemos la creencia de que hay muchas mentes, todas dormidas y soñando. ¿Por qué arreglamos las cosas tan miserablemente para nosotros mismos? Nos hemos ocultado el objetivo secreto que tenemos, que es ser la víctima, para no tener que entrar nunca en contacto con la verdadera causa de nuestra miseria. Estos son los votos secretos que hicimos. **“El compromiso a estar enfermo se encuentra en tu conciencia, aunque sin expresarse ni oírse. Sin embargo, es una promesa que le haces a otro de que él te herirá y de que a cambio tú lo atacarás.”** (T.28.VI.4.6-7) (ACIM OE T.28.VII.57)

Pensamos que el mundo, empezando por nuestros padres y continuando con todas nuestras otras relaciones, es la causa de nuestra infelicidad. Pero el mundo y nuestras relaciones especiales son sólo una distracción inteligente que hemos hecho para mantener oculta la verdadera fuente de nuestra infelicidad. Esa fuente es nuestro deseo omnipresente de que la separación sea real a cualquier precio porque valoramos el yo separado que creemos que somos. La verdad es que es imposible separarse de la verdad. Sólo podemos ser inconscientes de lo que somos. Y mientras hacíamos un voto secreto para mantener la brecha con nuestros hermanos, hicimos otro voto a nuestro Padre. En nuestra creación, nuestro Padre dijo: **“Te amaré eternamente, como tú a Mí. Sé tan perfecto como Yo, pues nunca podrás estar separado de Mí.”** (T.28.VI.6.4-5) (ACIM OE T.28.VII.59) Lo que no recordamos es que **“respondimos: “Sí, Padre”**”. (T.28.VI.6.6) (ACIM OE T.28.VII.59)

El mundo es el efecto y no la causa de cómo nos sentimos, por mucho que estemos convencidos de lo contrario. Podemos cambiar nuestros pensamientos sobre el mundo descubriendo los bloqueos de la mente a la conciencia de la presencia del amor. El mundo es sólo una imagen externa de nuestra condición interna. Por lo tanto, tiene un propósito muy importante como aula de aprendizaje. El mundo refleja nuestras percepciones no sanadas y, por lo tanto, nos ayuda a ver nuestros obstáculos. No es un proceso fácil. Aprender a perdonar requiere práctica. Es un reto cuando lo que vemos como la locura de este mundo parece tan real, pero, de nuevo, todo lo que vemos comienza con las creencias que abrigamos en la mente. Todo lo que vemos y experimentamos en el mundo y todas nuestras relaciones nos proporcionan un plan de estudios perfecto para la curación. No importa si viene en una película, en la naturaleza, en las circunstancias de nuestra vida o en las personas que aparentemente nos atacan: todo es para nuestra curación, sea cual sea la forma que adopte. Cualesquiera que sean los pensamientos no amorosos que surjan, sea cual sea la forma en que aparezcan -inquietud, depresión, ira, miedo, preocupación, ataque, inseguridad, pena, etc.- tenemos que ser conscientes de ellos y reconocer que no es la verdad de lo que somos.

Se nos dan muchas oportunidades para perdonar. Nuestra experiencia en este mundo no tiene otro propósito ni otro valor que la curación y el perdón. ¿Puedo simplemente aprender a estar agradecido por el currículo de este mundo y permitir que sea la hermosa aula que es para mi despertar? No hay

otro propósito para nuestras vidas. Cuando aceptamos este propósito, el mundo cobra sentido. ***“Y así es, Padre nuestro, como queremos llegar a ti por el camino que Tú has señalado.”*** (L.256.2.1) Su camino es el del perdón. De hecho, éste es el único camino hacia Dios. Sea cual sea el camino que elijamos para llegar a Dios, sólo hay un tema que debe abarcar. **“Su tema central es siempre: “El Hijo de Dios es inocente, y en su inocencia radica su salvación”.**” (Manual para el Maestro.1.3.5) Cuando se valora el pecado, bloqueamos a Dios. La única manera de soltar el pecado es pasarlo por alto en nuestro hermano. Cuando perdonamos a nuestro hermano, podemos soltar nuestra propia culpa y saber que somos inocentes. Comprometámonos hoy con nuestra Lección: **“Dios es mi único objetivo hoy.”** (L.256)

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca